

El sillón del abuelo

SE ha hablado mucho de la tendencia del hombre al mínimo esfuerzo, es decir, a la comodidad, y algunos piensan que el hombre no debía trabajar y que así podría ser si las cosas estuvieran bien repartidas. Consideran que la subsistencia humana es un problema de distribución y la holganza su aspiración suprema. El hombre no tendría más que satisfacer sus apetitos y dormir, como un animal cualquiera, sin los azares, siquiera, que para ellos implica el buscar la comida.

Es este un pensamiento bastante generalizado y consecuente con las tendencias de los tiempos corrientes.

Se ve, sin embargo, que tales tendencias son contrarias al interés biológico del hombre.

Cuando está en el campo o en contacto con la naturaleza, recibe con la mayor naturalidad toda clase de inclemencias, sin impresiones excesivas.

Si vive en la ciudad, se le hace insostenible cualquier vientecillo o chubasco. La vida activa le mantiene ágil y despierto.

La desocupación le entorpece los remos y la mente.

Y a la larga, una larga cortísima, lo entumece, dejándolo prácticamente inútil.

Cualquier observador puede hacer en sí mismo esta prueba, con el simple hecho de modificar alguna de sus costumbres o fijarse en el efecto que le produce a alguna persona que pueda verla de cerca. En este sentido, el abuelo suele ser el mejor sujeto de observación.

El pobre hombre, en el mejor de los casos, que se le respete y considere,—rara avis,—se deja llevar al asiento cómodo que le preparan zalameramente a cambio de que no estorbe, es decir, de que renuncie a todo lo que fué su vida, entre lo cual se halla la vida misma.

La silla vieja e incómoda se reemplaza por un sillón o butaca propicio al anquilosamiento y al continuo dormir y el abuelo, que ingenuamente cree haber alcanzado la paz del espíritu y la tranquilidad de su cuerpo, se entrega dulcemente a la sonnolencia, precursora de la muerte, que llegando de ese modo

todos creen que es lo mejor a que podría aspirar.

Hay muchas personas en plena juventud, hombres o mujeres, que se encuentran en el caso del abuelo. Favorecidas más o menos por las circunstancias familiares quedan situadas en un declive precoz y la inercia las lleva a la situación de verdadera calamidad, para sí y para los demás.

La vida es movimiento y el organismo se deteriora menos funcionando que parado y se conserva mejor y durante más tiempo. La máquina parada queda amenazada de desguace próximo y nuestro cuerpo difiere poco de ella. El deportista que logra el máximo rendimiento de sus facultades y la perfecta adaptación a todas las posibilidades de su arte, si deja el entrenamiento diario ya no puede competir y para hacerlo necesitará entrenamiento o preparación más largos que cuando vivía vigilante a su necesidad.

Todos los contertulios de casino saben que después de unas horas de grato conversar, les cuesta trabajo levantarse del sofá para irse a cenar o a acostarse y les sería imposible echar una carrera si lloviese.

Las comodidades van en contra de la vida efectiva, que es salubridad, ausencia de molestias, potencial biológico, como decía D. Magdaleno en los informes de los quintos, vigor y rendimiento, espíritu emprendedor, desprendimiento fácil, ilusión por seguir.

El esceptismo alcazareño, no solo ha limitado el engrandecimiento del pueblo sino que ha acertado muchas vidas espléndidas que no tuvieron más motivo para perderse en plazo corto que los achaques dimanantes de la inacción. Y esa es la causa, segura, de que se quedaran viudas casi todas las mujeres diligentes de Alcázar.

Con la inconsciencia de los inexpertos reproché yo a mi padre algunas de las incomodidades de las que nunca quiso apartarse, entre ellas la silla, ni alta ni baja, con asiento de esparto machacado hecho por él. Y ahora cada vez que voy donde está guardada, como me ha pasado en este instante, no puedo menos de amonestarme a mí mismo. ¡Pero, Señor, cuánta razón tenía y qué ágil se conservó! ¡Oh, la juventud! ¡Divina, sí, pero qué pretenciosa y petulante!